

## Asentamientos arqueológicos en los ruedos de Córdoba

Por Rafael Fernández González

### I.—TURRUÑUELOS

La lectura de las descripciones, que nos han hecho los historiadores, tanto de la Córdoba de los Claudios como de la Califal, nos ha deleitado, mostrándonos una gran ciudad monumental, capital de la Bética y después de Al-Andalus, pero cuando esperábamos la localización de tanta maravilla, entran en el terreno de la hipótesis (1) probablemente debido al casi total arrasamiento de la ciudad y arrabales, por las guerras, insurrecciones y convulsiones políticas que siguieron a estas épocas señeras de nuestra historia local.

Desde primero de siglo y de un modo lento y discontinuo, nuestros arqueólogos han realizado excavaciones en lugares donde fortuitamente afloraron vestigios arqueológicos (2) con objeto de identificar su procedencia y otras veces en zonas de terreno donde se supone estuviese el edificio o conjunto monumental a identificar (3). En el primer caso la mayoría de los afloramientos se producían en la excavación de nuevas construcciones, por lo que el periodo de estudio era corto y la excavación completa imposible, y en el segundo, por la imprecisión del lugar originaba costosos y largos periodos de excavación.

Todos estos motivos me inducen a considerar como de gran interés la utilización de la técnica de fotografía aérea como elemento auxiliar de la mayor eficacia en la localización de asentamientos arqueológicos.

Según Joseph, en Arqueología, la fotografía a poca altura es un método para llevar a cabo descubrimientos no igualados en extensión y rapidez de resultados. Registra la menor variación en la superficie, suelo o vegetación debida a la presencia de restos ocultos a la vista, y ha dado por resultado descubrimientos del mayor valor. Proporciona también un nuevo y revelador punto de vista desde el cual se puede estudiar el escenario de casi todas las fases y aspectos de la historia.

En los países habitados por el hombre desde hace mucho tiempo, las estructuras que representan sus primeras actividades han quedado abandonadas, olvidadas y destruidas en épocas posteriores. Cuando estos restos comprenden obras de importancia, de tierra o piedra, los rasgos



visibles no dejan lugar a duda en cuanto a su naturaleza y finalidad. Hay, sin embargo, innumerables obras más pequeñas de las que no queda hoy ningún resto en la superficie. Desde que el hombre primitivo empezó a hacer hoyos para abrigarse o almacenar provisiones, a cavar cimientos para levantar sus edificios de madera o de piedra, y a labrar los campos, ha ido dejando sus huellas en la superficie de la tierra, y continua haciéndolo en proporciones cada vez mayores. Es un hecho, sin embargo, que una vez que la superficie de la tierra ha sido alterada por cualquier factor, el efecto de esta alteración queda grabado prácticamente para siempre. Incluso cuando se vuelven a rellenar y deshacer trincheras, pozos y fosos, los huecos rellenos no alcanzan nunca el mismo grado de firmeza que el subsuelo que no ha sido trabajado, y siempre afectará esto a la vegetación que crezca encima. De esta suerte, las diferencias en la vegetación, mejor observadas a vista de pájaro, reproducen la forma, plano o fisonomía perdidos hace mucho tiempo para la simple vista. Mucho depende, sin embargo, del suelo, clima, y tipo

de vegetación. Los mejores resultados se obtienen en tierras de labranza, ya que ciertos cereales de raíz larga son los más sensibles a las diferencias del terreno. Las señales que resultan en las mieses revelan al observador aéreo, a veces en el máximo grado de exactitud, restos enterrados de los que no hay rastro en la superficie. El principio se explica muy fácilmente, su estudio y aplicación es más complicado. Cada asentamiento tiene sus rasgos peculiares que dejan su propia clase de marca en el sembrado o terreno y requiere una observación minuciosa y repetida desde el aire, si se han de sacar los mejores resultados. Las señales en los sembrados deben observarse hasta que en ellos las plantas hayan alcanzado el grado más sensible de crecimiento; también varía la aptitud para hacer observaciones de unas plantas u otras. En condiciones agrícolas normales la planta más sensible puede sembrarse en un campo determinado una vez solamente cada cinco años; una fotografía del mismo sitio en otros años puede no mostrar nada. Donde el grosor de los humus no es demasiado grande, las diferencias de color en el suelo, que se ven mejor en el campo recién arado, pueden ser un guía valioso para encontrar señales ocultas. Los contrastes de color se pueden ver a menudo entre el suelo oscuro de los campos y el yeso blanco de los bordes circundantes, o entre el suelo claro de los túmulos-montones y el cieno oscuro de los fosos que los rodean. Terraplenes que existen con relieve bajo requieren luz lateral con un sol también bajo; con luz difusa un fondo de tonos iguales como por ejemplo un campo de hierba, dará malos resultados, por muy acentuado que sea el detalle.

He estudiado un conjunto de fotografías aéreas de los rúdos de Córdoba, realizadas con un intervalo de veinte años, y con fines puramente de información o topográficos, siendo por consiguiente, su técnica y características diferentes a las arqueológicas, pero a pesar de estas condiciones contrapuestas, muestran el contorno de cercas de ciudades, arrabales y edificios, que enterrados en esta fértil llanura, alguna vez den razón de su existencia, ofreciendo un resistente sillar al surco del arado y una quimérica esperanza a los buscadores de tesoros.

El asentamiento que por su extensión, situación y nitidez, parece de mayor interés es el del croquis adjunto; está situado en el cortijo de Turruñuelos, le cruza la carretera de Córdoba a Santa María de Trassierra a la altura del km. 3, y el canal de riegos del Guadalmellato, en su interior está la casa del cortijo y la casilla de peones camineros, por el Sur lo contornea el Camino Viejo de Trassierra, que en parte de

su trayecto se superpone al principal que une a la Ruzafa con Medina-Azahara.

Los dos recintos que con toda nitidez se observan en las dos fotografías están situados al Sur del Cortijo, son casi cuadrados de 170 x 178 metros cuadrados de superficie, y deben ser, probables murallas o cercas



Capitel y columna de la Albaida procedentes de Turruñuelos.

por ofrecer el mismo aspecto y grosor de huella que la muralla exterior de Medina-Azahara. El perímetro total de la parte nítida es de 1.400 metros y su superficie de 16 hectáreas, se observa la muralla interrumpida al Norte de la casilla de peones en un corto intervalo de 8 metros y enfrentada una especie de calle con edificación grande bajo la casilla y en el lado opuesto. En la zona punteada que rodea la casilla se destacan difusamente varios edificios.

En un rápido reconocimiento del terreno acompañado por el propietario del Cortijo, don Fernando Cabrera, se observa afloramiento de sillares en sitios dispersos y diferencias de tonalidad en las plantas de algodón sembradas. El señor Cabrera manifestó que en época de su abuelo el Conde-Duque de Hornachuelos, se construyó la carretera y al hacer la caja rompieron una muralla que la cruzaba y que dos capiteles y columnas que aparecieron, las colocó el Conde en su casa de la Albai-



da. El peón caminero nos mostró trozos pequeños de decoración califal encontrados en el terreno y manifestó que en cierta ocasión encontraron cavando en las proximidades de la casilla, la planta y muros de unas habitaciones enterradas.

En el patio de la Albaida está la columna de tipo califal, y capitel



Capitel visigodo aprovechado en la iglesia de San Salvador de Toledo. de la fotografía adjunta, siendo este último típicamente visigodo y con análoga decoración al de la iglesia de San Salvador de Toledo.

Todo ello nos induce a creer que en dicho lugar hubo una aglomeración de construcciones, a las que sirvió de núcleo un palacio principal fuertemente amurallado, de época anterior al califato.

Por su situación al Noroeste de la Medina cordobesa, bien puede ser uno de los arrabales occidentales, sin excluir la posibilidad de Ruzafa, en cuyo asentamiento actual se realizaron con motivo de la construcción de un Parador, profundas obras de excavación, y no se encontraron vestigios arqueológicos que lo confirmasen, así como en la fotografía aérea de dicha zona, no se observa afloramiento nítido alguno de su cerca.

#### NOTAS

- (1) R. Castejón.—Córdoba Califal. Bol. de la Real Ac., año VIII, n.º 25.
- (2) S. de los Santos.—Memoria de las Excavaciones del plan nacional, realizadas en Córdoba (1948-50), Madrid, 1955.
- (3) Anales de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Córdoba. Año 1927-28.